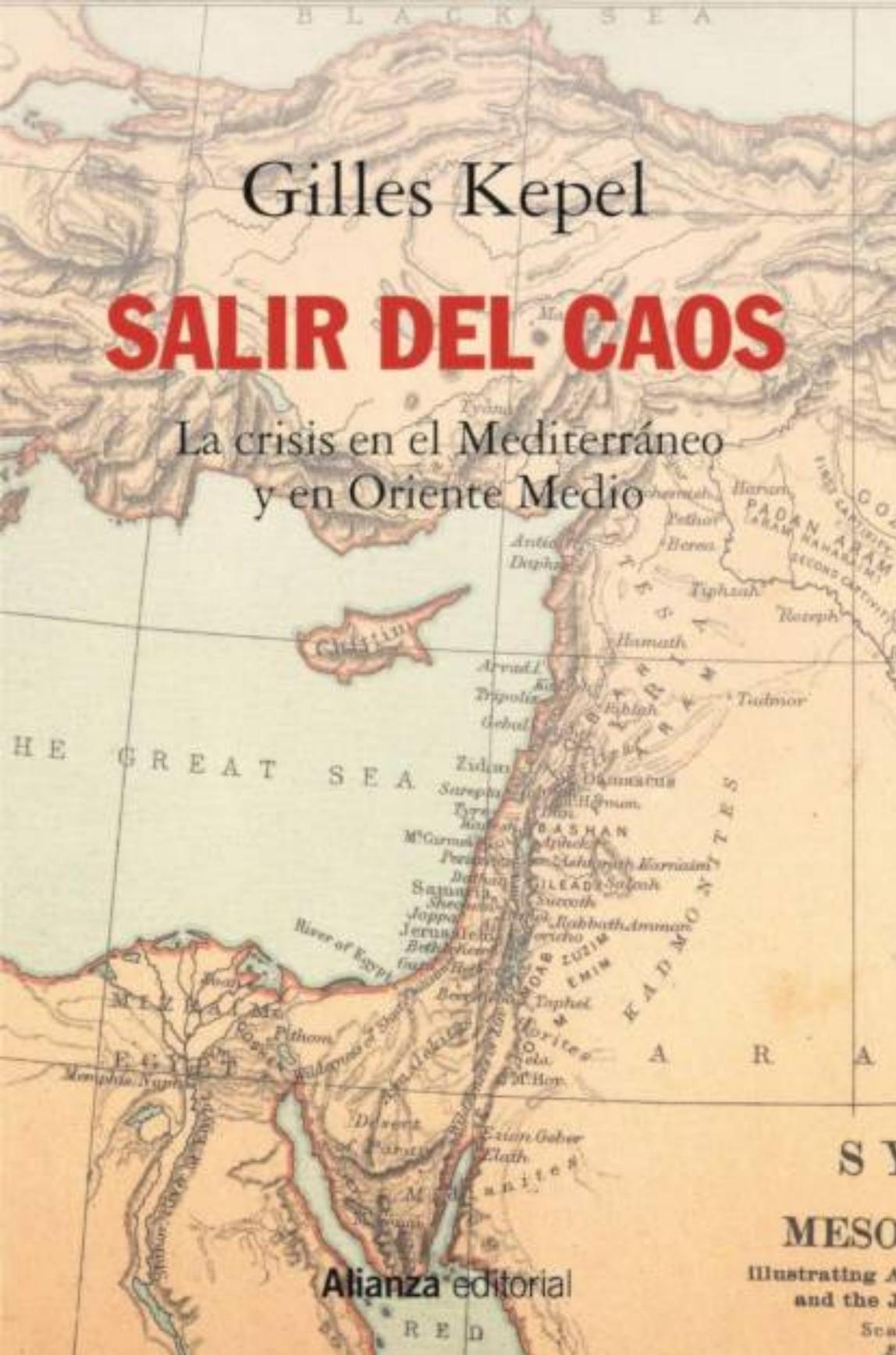


Gilles Kepel

SALIR DEL CAOS

La crisis en el Mediterráneo
y en Oriente Medio



Alianza editorial

Illustrating A
and the J
Sea

GILLES KEPEL

SALIR DEL CAOS

LAS CRISIS EN EL MEDITERRÁNEO Y EN
ORIENTE MEDIO

Mapas inéditos de Fabrice Balanche

Traducido del francés por
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

*A la memoria de mi padre,
Milan Kepel
Praga, 8 de enero de 1928
París, 3 de marzo de 2019*

Índice

INTRODUCCIÓN: TUMBA PARA SIRIA

PRIMERA PARTE EL BARRIL Y EL CORÁN

1. LA ISLAMIZACIÓN DEL ORDEN POLÍTICO (1973-1979)

El crepúsculo del nacionalismo árabe

La guerra del Ramadán de octubre de 1973: arma del petróleo y protoyihad

La puesta en marcha gradual de la islamización de las sociedades

1979, año bisagra: puja entre chiíes y suníes

2. LA IRRUPCIÓN DE LA YIHAD INTERNACIONAL: CONTRA EL «ENEMIGO CERCANO» (1980-1997)

La lucha por el control de la islamización durante la década de 1980

Año 1989: yihad y caída del comunismo

La primera fase del yihadismo fracasa: década de 1990

Yihad en Argelia y primer terror en Francia (1992-1997)

La yihad infructuosa en Egipto (1992-1997) y en Bosnia (1992-1995)

Yihadización del conflicto palestino

3. LA SEGUNDA FASE YIHADISTA: AL QAEDA CONTRA EL «ENEMIGO LEJANO» (1998-2005)

Osama bin Laden y Al Qaeda

Caballeros bajo el estandarte del Profeta

De la segunda Intifada al 11 de septiembre: la ejemplaridad del atentado suicida

El cataclismo del 11 de septiembre

Los «neoconservadores» en el espejo yihadista: la «guerra contra el Terror»

4. LA TERCERA GENERACIÓN YIHADISTA: REDES Y TERRITORIOS (2005-2017).

SEGUNDA PARTE DE LAS «PRIMAVERAS ÁRABES» AL «CALIFATO» YIHADISTA

INTRODUCCIÓN

Las «primaveras árabes» en contexto
Caída del régimen o fractura confesional

1. LAS INSURRECCIONES DE PRIMER TIPO: DE LA CAÍDA DE LOS DÉSPOTAS A LA TRANSFORMACIÓN ESTREPI-TOSA DE LAS SOCIEDADES

La democracia tunecina, entre fractura social y peligro yihadista
La chispa salta en Sidi Bouzid
Arrebato democrático contra el salafismo
Fractura regional y peligro social
El cerco egípcio: Hermanos Musulmanes contra sociedad militar
El happening de la plaza Tahrir
Los Hermanos Musulmanes pasan a la ofensiva
Regreso del Ejército y despliegue salafista
La desintegración libia: del «Estado canalla» a la anomia tribal-yihadista
Ataques occidentales y desintegración nacional
Los Hermanos Musulmanes y las tribus
Proliferación yihadista y tráfico de seres humanos

CONCLUSIÓN: DEMOCRACIA, ENCAUZAMIENTO O CAOS

2. LAS INSURRECCIONES DE SEGUNDO TIPO: BRECHA ENTRE CHIISMO Y SUNISMO, Y DEBACLE DE LAS REBELIONES

[El aborto suní de la revuelta en Baréin](#)
[Del tribalismo yemení a la exacerbación identitaria](#)
[El pluralismo tribal, sucedáneo de democracia](#)
[Radicalizaciones sectarias](#)
[Del levantamiento sirio a la yihad del Levante](#)
[La fábrica iraquí del yihadismo sirio](#)
[Salafización de la rebelión y ceguera occidental](#)
[Escisión en el corazón de la yihad](#)
[La proclamación del «califato»](#)
[Intervención rusa y recuperación de Alepo](#)
[El gran juego turco: entre proyección neootomana y presiones nacionales](#)
[La caída del «califato»](#)

CONCLUSIÓN

TERCERA PARTE

DESPUÉS DEL DÁESH: DISGREGACIONES Y RECOMPOSICIONES

1. LA FRACTURA DEL «BLOQUE SUNÍ»

[El ostracismo contra Catar](#)
[La revolución del Ritz-Carlton en Riad](#)
[Debacle suní y cogestión del chiismo en Irak](#)

2. EL RETO PLANETARIO DE LA BATALLA DEL LEVANTE

[La anunciada derrota de la insurrección siria: Occidente en apuros](#)
[De Afrín a Kirkuk: regreso al «infortunio kurdo»](#)
[¿Hegemonía iraní o imperio con pies de barro?](#)
[Del «momento ruso» al dilema putiniano entre sus aliados regionales](#)
[Las decisiones obligadas de Donald Trump](#)

CONCLUSIÓN GENERAL: FALLAS DE ORIENTE MEDIO Y TECTÓNICA MUNDIAL

APÉNDICES

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CRONOLOGÍA](#)

[IMÁGENES](#)

[CRÉDITOS](#)

INTRODUCCIÓN

TUMBA PARA SIRIA

Cuatro decenios antes de la redacción de este libro, en 1977-1978, pasaba yo un año en Siria como becario de lengua árabe en el Instituto Francés de Damasco. Era una etapa obligada para los arabistas en ciernes, el ábrete sésamo que nos introduciría en la cueva en la que se encontraban ocultos los secretos gramaticales y fonológicos de un Oriente que nos apasionaba. Salvo raras excepciones, nadie entraba en la profesión sin haber pasado una temporada en el *Sham*, como decíamos entre nosotros, utilizando el antiguo término semítico que se empleaba en el dialecto local y que significa a la vez el Levante y su capital tradicional. En la geografía musulmana en la que se está cuando se mira a La Meca desde Occidente, el *Sham* designa la izquierda o el norte, y su opuesto, el *Yemen*, la derecha o el sur.

Ni yo ni ninguno de mis compañeros habríamos podido imaginar que, cuarenta años después, ese mismo término de *Sham* se convertiría en el grito de guerra de los yihadistas de los barrios periféricos franceses que se incorporaban a las filas del Estado Islámico (o Dáesh) para acabar *in situ* con los «apóstatas» —y, en particular, con los alauíes, confesión esotérica a la que pertenecen el presidente sirio Háfez al-Ásad (su hijo Bashar tenía doce años por entonces)— antes de regresar a sus lugares de origen para matar a sus propios conciudadanos «infiel» en la sala Bataclan o en el Stade de France. Y ni en mis peores pesadillas había imaginado nunca que, en junio de 2016, me vería condenado a muerte como arabista aguerrido por un miembro del Dáesh

franco-argelino de Roanne y Orán, asentado en la ciudad siria de Al-Raqa, donde el «Estado Islámico» había establecido su efímera capital. La sentencia había sido pronunciada a través de la aplicación Facebook.live utilizada por un soplón del anterior, asesino franco-marroquí de un policía y de su mujer en Magnanville, en el departamento francés de Yvelines. Y que, por consiguiente, me vería obligado a vivir en París, en pleno Barrio Latino, con protección policial. En aquella lejana época, como sabemos, Internet era algo desconocido, inimaginable, impensable, y el atlas en dos dimensiones permitía ver los Estados encerrados en fronteras que correspondían a unos territorios delimitados por gruesas rayas negras. Así era el mapa del Imperio Romano que estaba colgado más arriba de la pizarra en el aula de Letras Superiores en 1974, que suscitó en mí el sueño de Oriente y me empujó a embarcar al verano siguiente en Venecia, en un barco que iba a Estambul, el Levante y Egipto, para descubrir las comarcas físicas que aquel mapa dibujaba. No cabía en modo alguno anticipar la infinita sucesión de acontecimientos que la *World Wide Web* y las redes sociales introducirían en las mentes y las representaciones del mundo, la confusión mental que iría de la mano de la evaporación de la distancia y de la perspectiva, la desaparición de los puntos de referencia del espacio y del tiempo, que nos ha llevado a perder el norte cuarenta años después.

Aunque Damasco en sí misma estaba en calma en aquellos finales de los años 1970, el caos había asolado ya el cercano Líbano. La guerra civil, con su cortejo de atrocidades íntimas, se desencadenaba según líneas político-confesionales que daban testimonio de la confusión de las dos identidades, entre «progresistas del islam» y «cristianos conservadores». Esos apelativos híbridos expresaban el conflicto que, alrededor de la presencia armada de los refugiados palestinos en el Líbano, oponía por alcanzar el poder a maronitas, en declive demográfico, mayoritariamente prooccidentales, y suníes, atraídos más bien por el campo

socialista —de ahí el epíteto, que parece hoy descabellado u obsoleto, de «progresistas»—. Muy pocos observadores percibían por entonces el juego de las petromonarquías de la península Arábiga y del wahabismo saudí, fabulosamente enriquecidos desde los días inmediatamente siguientes a la guerra de octubre de 1973, gracias al aumento vertiginoso de los precios del petróleo que los convertiría en los actores principales de la reislamización virulenta de la región y aspiraría a arrasar el espíritu cosmopolita del Levante de mi juventud. Y nadie imaginaba que la revolución iraní surgiría inmediatamente después, convirtiendo a los chiíes, en otro tiempo marginales, pero radicalizados a su vez por una doctrina islamista concurrente, en la fuerza política mayor del Líbano y, a continuación, de una vasta media luna de territorios que cruzan Siria e Irak hasta Persia.

Mis compañeros del Instituto de Damasco y yo estábamos fascinados por aquella civilización levantina, en la que proyectábamos entremezcladas nuestras ensoñaciones. Habíamos leído poco en general y no estábamos prácticamente nada familiarizados con el corpus de los viajeros por Oriente, desde Volney o Chateaubriand, nuestros predecesores olvidados. La mayoría de nosotros estábamos imbuidos de un izquierdismo somero cuya ideología reinaba sobre el microcosmos estudiantil en el decenio transcurrido desde mayo de 1968. En diez años, no obstante, había perdido su dogmatismo original y quedaba una *doxa* aproximada, una visión confusa del mundo, articulada alrededor de unas cuantas certezas, de las que el antiimperialismo y el antisionismo constituían las piezas claves. Mientras esperábamos que cayeran, la Siria de Háfes al-Ásad, punta de lanza de la resistencia frente a Israel y campeona del progresismo árabe, contaba *a priori* con nuestro apoyo.

No tardé en desencantarme. Me gustaba mucho el campo sirio —que me recordaba el pueblo de mi familia, en el interior nizardo, donde pasaba las vacaciones cuando era niño, y también me recordaba la gesta de la *Odisea*, que

acababa de estudiar en el curso preparatorio, con el que terminé los estudios greco-latinos—. Pero esa recurrencia romántica no pudo ocultar por mucho tiempo la brutalidad de un régimen y la violencia de una sociedad que encontré perfectamente descritas e ilustradas en los álbumes de Riad Sattouf (nacido él también aquel año de 1978), publicados en 2014, *L'Arabe du futur* ¹ —exactamente igual que yo las había vivido y observado—. Mis compañeros y yo, con una libertad que no había sufrido en el Barrio Latino impedimento alguno, aprendimos a bajar la voz en público, a desconfiar de todos, descubriendo lo habitual de una dictadura «de izquierda», evitando hablar de los que habían desaparecido en los calabozos, así como frecuentar a sus allegados. Y, sobre todo, conocí en el Instituto Francés de Damasco al investigador Michel Seurat, ocho años mayor que yo (había nacido en 1947). Como arabista brillante y sociólogo inspirado por Alain Touraine, consagraba sus trabajos al análisis del régimen sirio. Fue a vivir luego al Líbano con su mujer y sus hijas pequeñas, y pagaría con la vida sus investigaciones: el 22 de mayo de 1985, en el aeropuerto de Beirut, lo secuestró y lo retuvo como rehén una elusiva Organización de la Yihad Islámica diligenciada desde Teherán y Damasco, y murió estando detenido en 1986, vilipendiado por sus asesinos como «investigador espía especializado».

Justo antes de ese trauma que marcó mi existencia e influyó profundamente en mi enfoque, fue la desilusión nacida del choque de la realidad siria lo que me empujó, inspirado asimismo por la admiración que le tenía a Michel Seurat, a abandonar, una vez de vuelta en París, las humanidades clásicas y la civilización árabe antigua que habían hibridado en estudios políticos destinados a dilucidar el drama que estaba representándose en Oriente Medio y había dañado mis certezas simplistas. Apenas había ingresado en Sciences-Po ² , en 1978, cuando me vi confrontado a otra

paradoja: el inicio de la «revolución islámica» iraní. A pesar del año que había pasado en Damasco, no tenía la perspectiva que me habría permitido enmarcar con el distanciamiento necesario la islamización «revolucionaria», chií y antiimperialista de Teherán, con su réplica «reaccionaria», suní y antisocialista en Riad. En aquellos años de 1970 fue, sin embargo, cuando comenzó el ciclo del caos, cuyos dos motores fueron el asombroso crecimiento de la renta del petróleo y la exacerbación del islamismo político —que demolieron el Levante—.

La correlación de esos dos fenómenos estructuró el medio siglo transcurrido, recubriendo la historia de dos generaciones. En la tierra del *Sham* fue donde alcanzó su monstruoso paroxismo con la proclamación, el 29 de junio de 2014, a comienzos del Ramadán, del «califato» del Dáesh. Ese año el precio del petróleo sufrió una caída inaudita del 70 %, obligando a volver a pensar las expectativas a medio y a largo plazo para el desarrollo de la región, sus modelos político, económico, social —incluso el lugar de la religión en su interior—. El acontecimiento se debió a varias causas: la explotación del petróleo de esquisto en Estados Unidos, que se convirtió de nuevo en uno de los tres primeros productores mundiales, junto a Rusia y Arabia Saudí. Y también a la transformación de los hábitos de los consumidores de los países de la OCDE, con la perspectiva de la generalización de los vehículos eléctricos, lo que, a largo plazo, tira de las cotizaciones a la baja. Tales fenómenos simultáneos cuestionan la economía rentista según la habíamos conocido durante los cincuenta años transcurridos en Oriente Medio, así como la perdurabilidad de su corolario, la hegemonía del islamismo político propagado tanto por las petromonarquías árabes como por sus rivales iraníes de la orilla opuesta del golfo Pérsico.

El 26 de septiembre de 2017 se dio un acontecimiento aparentemente trivial, que sirve de ejemplo de ese desacoplamiento inédito entre las dinastías de la península y el es-

tablishment salafista que proporcionó durante decenios la legitimación religiosa del poder que ejercían, a la vez que se propagaban, gracias a su aval, por el conjunto del mundo musulmán suní: un decreto del rey Salmán de Arabia Saudí autorizando a conducir a las mujeres a final del Ramadán de 2018, a pesar de las protestas de los ulemas en nombre de su concepto estricto de la moral. El decreto se publica veintisiete años —una generación— después de que, el 6 de noviembre de 1990, algunas saudíes que habían cogido el volante en Riad fueran perseguidas y vilipendiadas. El príncipe heredero saudí Mohamed bin Salmán, de treinta y dos años, una novedad en esa monarquía gerontocrática, confrontado a la necesidad de reorganizar el mercado del trabajo y de incorporar la población femenina permitiendo su movilidad, con el fin de garantizar la era pospetrolera, incrimina en noviembre de 2017 la escalada extremista en la que, en su opinión, se encuentra metido el país desde 1979. Aquel año bisagra, en efecto, empezó con el regreso de Jomeini a Teherán y acabó con la invasión soviética de Afganistán, preludio de la yihad en aquel país —abriendo la caja de Pandora de un terrorismo islámico internacional que perdura desde entonces—. Lo que resulta así cuestionado es la esencia misma del sistema saudí-wahabí según había dominado Oriente Medio desde la victoria del arma de los hidrocarburos en la guerra de octubre, que opuso a Israel y a los Estados árabes —cuyos apelativos de guerra del Yom Kipur o guerra del Ramadán dicen también hasta qué punto sería emblemática del futuro encorsetamiento del espacio político por parte del dogma religioso—.

Las páginas siguientes aspiran a poner en perspectiva esos decenios caóticos —y, seguidamente, a considerar las vías de salida que van dibujándose—. Como ese medio siglo ha coincidido con la experiencia del autor, que ha sido testigo directo, observador y cronista, hasta verse absorbi-

do en su propio objeto de estudio por la sentencia de muerte dictada en su contra por el Dáesh, estas páginas reivindican una interpretación personal que va a guiar y a organizar los hechos, mezclando con las observaciones de «larga duración» acontecimientos simples que, con el paso del tiempo, me parecen esclarecedores.

Los cuatro primeros decenios, desde la guerra de Octubre de 1973 hasta los levantamientos conocidos como «primaveras árabes», que surgen en realidad en el invierno de 2010-2011, están sintetizados genealógicamente en la primera parte del libro. Iremos observando la subida de nivel de la islamización de lo político y la espiral de la yihad que invade poco a poco el planeta —a partir del año 1979, cuando la beligerancia en Afganistán, gracias a los botafuegos americanos, responde a la revolución iraní, y culmina con la caída de la Unión Soviética, diez años después—. Veremos las tres fases sucesivas de ese yihadismo, pasando por el 11 de septiembre de 2001, que asestó a los Estados Unidos un contragolpe tan asombroso como dramático —que marca espectacularmente el comienzo de un milenario cristiano, al que se superpone un improbable milenio islamista—. Esa retrospectiva se nutre de la media docena de obras publicadas sobre el tema, desde *Le Prophète et Pharaon* (1984) ³ hasta *Terreur et martyre* (2008), de los que solo he retenido y organizado los materiales que me han parecido pertinentes para interpretar los fenómenos contemporáneos cruciales acaecidos durante los años 2010.

Esa década paradójica, objeto de la segunda parte del libro, empieza con la esperanza inmensa de las «primaveras árabes» de 2011, se prolonga con la proclamación del «Estado Islámico» del Dáesh y la generalización del terrorismo islamista hasta en territorio europeo y se acaba cuando cae el «califato», en otoño de 2017, con la reconquista de Al-Raqa, después de Mosul. El análisis de tal contradicción —que ve cómo levantamientos democráticos que habían en-

gendrado tantas esperanzas llegan al horror absoluto del Dáesh, por una parte, y la restitución de regímenes autoritarios, por otra, mientras prosperan Estados arrogantes y zonas sin ley— se nutre de las investigaciones y búsquedas sobre el terreno llevadas a cabo en ambas orillas del Mediterráneo. Sobre la base de los cuestionamientos planteados en *Passion arabe* (2013) así como en *Terreur dans l'Hexagone* (2015) ⁴, lo que viene luego pasa revista a la situación en los seis países que han vivido la «revolución árabe» — respectivamente, Túnez, Egipto, Libia, Baréin, Yemen y Siria —, a lo que se añaden consideraciones sobre Irak, porque de la articulación entre los dos últimos Estados es de donde nació y creció el monstruo del Dáesh. Gracias a la caída de este último, a finales de 2017, disponemos de la perspectiva necesaria para aprehender el conjunto de los acontecimientos de ese período trágico. He intentado establecer un cuadro global de una gran cantidad de hechos que acabamos de conocer —o de padecer violentamente en su sentido literal—, entresacar enseñanzas inscribiendo la historia inmediata en la memoria amplia de los decenios precedentes. El Levante, y más particularmente Siria, a los que consagro la mayor cantidad de páginas, constituyen el núcleo principal de este libro, por lo mucho que me parece que en esa región se han cristalizado y han llegado al paroxismo las crisis que sacuden el Mediterráneo y Oriente Medio.

La tercera parte trata de los acontecimientos que siguieron a la caída del Dáesh y la derrota anunciada de la rebelión siria, hasta la decisión de Donald Trump de retirar sus tropas del norte de Siria en octubre de 2019. Vino a continuación, ese mismo mes, la ejecución de Abu Bakr al-Bagdadí a manos de fuerzas especiales; y después, en enero de 2020, la del general iraní Qasem Soleimani, con drones estadounidenses. Se plantea la turbadora redistribución de cartas entre una Turquía segura de sí misma, un Irán provo-